

This Is Jazz es la monumental antología de los fondos de Columbia, el imperio discográfico que nació programando en los primeros años veinte a Bessie Smith y a King Oliver y que se hizo fuerte veinte años más tarde con Benny Goodman, Count Basie, Woody Herman y Duke Ellington. Columbia, hoy en manos de Sony, siempre se caracterizó por andar sobre seguro, pero nunca faltaron en su catálogo los nombres estelares: desde Armstrong hasta Miles Davis, desde Billie Holiday hasta Sarah Vaughan, o desde Lester Young hasta Weather Report. En no pocos casos los contratos más *arriesgados* terminaron en fracaso económico, para desconfianza de los buenos aficionados: fue breve el paso de Mingus, Bill Evans y Ornette Coleman, y no terminaron bien las relaciones ni con Thelonious Monk, ni con Stan Getz ni con Miles. Ahora, casi todos los grandes nombres están reflejados en la primera entrega de 29 volúmenes -un compacto, una figura- de este monumento de desagravio, y es de esperar que algunas ausencias llamativas -Bix Beiderbecke, Art Tatum, Bill Evans, Ornette Coleman o Wynton Marsalis- vengan a formar parte de remesas sucesivas. Entretanto se presentan opciones desconcertantes -un volumen dedicado a la Dirty Brass Band-, otras perfectamente prescindibles -el caso del Maynard Ferguson de la última época- y no pocas irre- misibles, como

las de Stanley Clarke, George Duke, Al Di Meola y Ramsey Lewis.

No todos los artistas tienen idéntico tratamiento. Miles Davis recibe triple cuota, en una equilibrada selección que se reparte entre los rótulos genéricos de “acústico”, “eléc- trico” y “baladístico”, si bien entre ellos sorprende la ausen- cia de algún corte de *Bitches Brew*, uno de los grandes éxi- tos de la compañía. Billie Holiday tiene dos compactos, en los que la frescura de juventud -del 36 al 41- apenas se ve interrumpida por algunos cortes saltados de voz quebrada de *Lady In Satin*, del 58. Weather Report también se desdo- bla: todo lo que escribió Jaco Pastorius para el grupo ocupa un volumen en su memoria; el otro contiene, como no podía ser menos, *Birdland* y *Black Market*, prototipos de una época, pero no aparecen ni *Nubian Sundance* ni *Blackthorn Rose*, quizás los más representativos de otra. Igualmente hay dos compactos para Louis Armstrong: juiciosamente se deja el primero para las piedras angulares de juventud, mientras que el segundo se permite esporádicos saltos a los cincuenta y sesenta. No parece tan justificado el doblete de Dave Brubeck -menos aún con la repetición de *Someday My Prince Will Come*, ambos en cuarteto con Desmond-, y más viendo

cómo a Duke Ellington, una de las bazas fundamentales de Columbia, se le adjudica un sólo compacto.

This IS JAZZ Sony-Columbia, la hora del desagravio

Por Manuel I. Ferrand

Parte de la edad dorada de Count Basie está quintaesenciada en un volumen -breve parada en las grabaciones del 36- a la espera de que Columbia se lance a una integral sistemática. También la selección de Benny Goodman es representativa de un abundante legado, con elecciones ineludibles y otras no tan obvias, mientras que la de Woody Herman puede ser buena opción para apreciar dos excelentes extremos cronológicos de una carrera, *The Thundering Herds*, del 45-47, y *Woody's Winners*, veinte años más tarde, mientras que de Erroll Garner se deja fuera incomprensiblemente cualquier representación de *Concert By The Sea*. Se espiga un puñado de grabaciones de entre lo esencial del primer Lester Young, se aprovecha adecuadamente el breve paso de los Messengers de Blakey por Columbia y Fontana, y están bien definidos los pareos de Gerry Mulligan, en su volumen, con Farmer y con Chet Baker, pero hay menos suerte con el compacto de éste último, del que había que elegir entre dos discos con orquesta de sacarina. El paso de Stan Getz por CBS coincidió (¿o no fueron coincidencias?) con su momento más bajo, e imperdonablemente se olvidan aquí las luminosas colaboraciones con Albert Dailey recogidas en *The Master*. De Hubbard destaca lo que se incluye de *Red Clay*, todavía libre de las monsergas orquestales del señor Sebesky, y es posible encontrar detalles de fuerza del pri-

mer George Benson, con el saxo barítono de Ron Cuber, en el volumen dedicado al guitarrista-cantante. Inevitable es el de la Bossa Nova, y estimulante el de Aretha Franklin, en su faceta más cercana al blues y al jazz, generalmente en memoria de Dinah Washington. En el de Tony Bennett se nos escamotean representaciones esenciales -*I Left My Heart In San Francisco* y *At Carnegie Hall*-, mientras que en el de Sarah Vaughan contrastan los arreglos incómodos de los ochenta con las grabaciones iniciales para Columbia -con gran orquesta o con un pequeño combo en el que se destaque a Miles Davis y a Tony Scott-.

Para Wayne Shorter la de Columbia no fue una época tan celebrada como la de Blue Note, pero ¿alguien agradecerá suficientemente *Ponta de Areia*, con el soprano recogiendo la voz de Milton Nascimento? John McLaughlin recorre en su disco facetas iluminadoras -Mahavishnu, Shakti y *A Love Supreme* junto a Carlos Santana-, pero algo más rápidamente envejecido se le nota al Chick Corea de *Return To Forever*. De Mingus bastaría la edición de *Ah Um* para acceder a la felicidad, pero también se interpolan otras gemas; la selección de Hancock, por el contrario, es decepcionante: no se asoman ni *Headhunters* ni *V.S.O.P.* Es apropiada la antología Monk,

aunque en la carpetilla se nos usurpe, como en otros casos de la serie, una discografía juiciosa.

